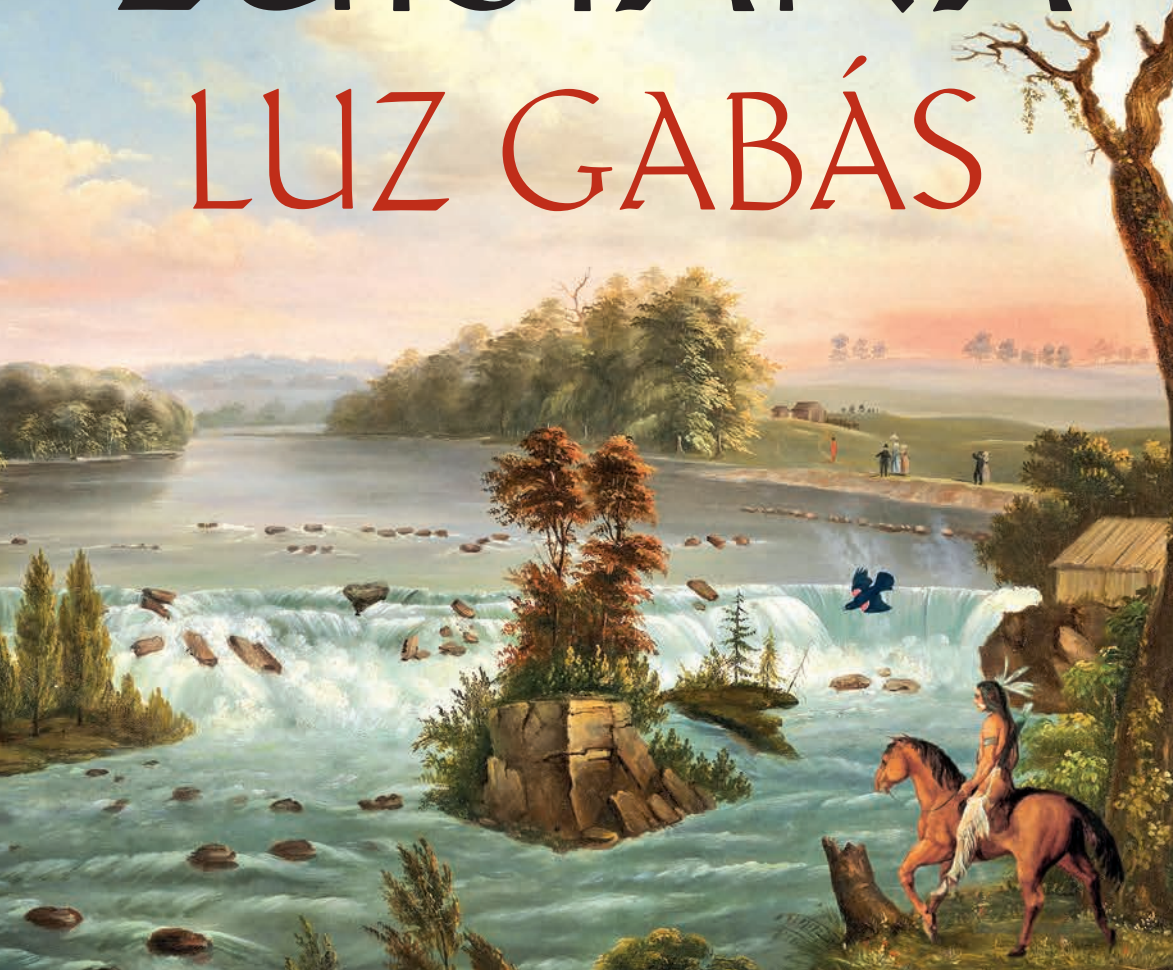


LEJOS DE LUISIANA LUZ GABÁS



PREMIO PLANETA 2022



Luz Gabás



Lejos de Luisiana

Premio Planeta

2022

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Luz Gabás, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: noviembre de 2022
Depósito legal: B. 18.371-2022
ISBN: 978-84-08-26560-3
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: EGEDSA
Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

El corazón de Ishcate nunca había latido con la intensidad, casi dolorosa, de esos momentos. Percibía cada palpitación percutiendo contra el pecho, convertido de repente en la tensa piel de un tambor. En otras ocasiones, al seguir a sus hermanos mayores en sus correrías, había sentido una mezcla de excitación y miedo, pero ahora era distinto; ahora dominaba la expectativa, la emoción de que algo iba a cambiar en su vida para siempre, o eso le habían contado.

Lo único que sabía de lo que tenía por delante era que otros muchachos como él habían pasado por lo mismo y ninguno había desaparecido ni había perdido la cabeza. Se juró a sí mismo que él tampoco fallaría.

Siguió alerta los pasos de su padre hasta que se detuvo en un pequeño claro, ante un enorme cedro. Como la mayoría de los hombres de su pueblo, Couroway era de mediana altura, con anchos hombros, cintura estrecha, cabello oscuro largo, piel curtida y músculos marcados por una vida en continuo movimiento por las tierras del Illinois. Que sus tres hijos —sobre todo Ishcate— lo sobrepasaran en altura lo enorgullecía, pues lo tomaba como una prueba de que Keešihwiia, el creador, aún brindaba su favor a los kaskaskia de sangre pura, aún deseaba que su familia prosperara.

Couroway le indicó un tocón en el que sentarse e Ishca-

te obedeció, dispuesto a escuchar en qué consistía ese ritual del que nada sabía salvo su existencia.

—Como hizo mi padre conmigo y yo con tus hermanos —dijo Couroway en tono solemne—, te entrego hoy a la noche del bosque, hijo mío, *niniicaanhsa*, para que comprendas quién eres y quién serás. Mañana nada será igual para ti.

Ishcate asintió con un gesto leve, aunque un tanto decepcionado. Así que esa era la gran prueba, pensó. Pasar la noche en el bosque con su padre.

Couroway liberó una piel de cabrito que colgaba de su cinturón.

—No debes valerte del sentido de la vista —añadió mientras le cubría los ojos con la delicada piel—. El Gran Espíritu sabrá si lo engañas.

Pasar la noche en el bosque con su padre, con los ojos vendados...

Notó una palmadita cariñosa en el hombro y oyó de nuevo a su padre:

—*Šaaye*. Adiós. Volveré al alba.

Pasar la noche en el bosque con los ojos vendados...

Solo.

Ishcate sintió ahora un escalofrío.

No se tenía por un cobarde, pero de pronto imaginó las sombras que la luna llena proyectaba en el bosque dibujando formas retorcidas y, en cuanto cesaron los suaves crujidos de las hojas caídas bajo las pisadas de su padre —en cuanto se supo solo—, comenzó a echar de menos el familiar y alegre titar de los pavos, el gruír de las grullas, los graznidos de los cisnes y el resoplar de los venados en ese denso y grave silencio nocturno roto por esporádicos ruiditos desconocidos y amenazantes.

Aguzó el oído. De día era capaz de reconocer los sonidos de todos los animales del bosque... Bramidos, aullidos,

chillidos, gruñidos, zumbidos. Búfalos, lobos, osos, águilas, insectos. Pero ahora, ¿cómo sabría si ese chasquido pertenecía a una ramita quebrada por el paso sigiloso de un oso? ¿Y qué era ese misterioso zapateo? Retumbaba demasiado como para provenir de las patas traseras de un conejo. ¿Cómo podría defenderse si no veía por dónde llegaba el enemigo o el camino para huir?

Un sudor frío le cubría el cuerpo.

Se puso de pie y avanzó unos pasos con las manos extendidas en dirección al cedro. Acarició la corteza rugosa y aspiró el fuerte aroma que emanaba de ella. No podía quitarse la venda, pero su padre nada había dicho acerca de subirse a un árbol. Alzó los brazos hasta que tocó una rama y se colgó de ella para auparse a su resguardo. Era ágil y fuerte. A sus catorce inviernos pasaba los días corriendo por los bosques y montes cercanos, trepando árboles y remando en canoas. Con cuidado, se deslizó hasta dar con la espalda en el tronco. No estaba a mucha altura del suelo, pero se había quitado de encima la posible amenaza de un buen número de depredadores.

Sin embargo, la tranquilidad duró poco.

Nada podría hacer si lo atacaba un indio de una tribu enemiga: un iroqués, un chickasaw, un fox...

¿Y qué iba a hacer ahí un hombre en medio de la noche?, argumentó para sí. Que él supiera, sus enemigos no recorrían los bosques bajo las estrellas para cazar a jóvenes inmersos en rituales.

Esbozó una sonrisa. Ignoraba cuánto tiempo había pasado pendiente de los sonidos de la naturaleza, pero seguía vivo y cada vez más tranquilo. Llevó la mano al collar de cuentas de colores y huesecillos, el amuleto que le había regalado su madre cuando era un niño para protegerlo de...

Maci-manetoowa. Los espíritus malignos.

Voló a su recuerdo aquella historia que había escuchado a los ancianos de la aldea: la del gran cazador que se perdió en el bosque y tuvo que alimentarse de carne humana, y como castigo, los dioses lo convirtieron en un monstruo que se alimentaba de los corazones de quienes encontraba en su camino.

Oyó entonces su nombre susurrado por el súbito viento entre las copas de los árboles cercanos.

Ish-ca-te...

Se llevó la mano al corazón, que volvía a latir desbocado, ahora por el terror. Aun con los ojos vendados, veía ante sí al espíritu demoniaco que podía darle caza o poseerlo durante el sueño. Era un ser deforme con garras y dientes afilados.

Corre..., le repetía entre horribles jadeos.

«No lo haré. No me moveré de aquí.»

El viento sopló con más fuerza, alborotando su largo cabello negro, obligándolo a girarse y a abrazarse con fuerza al tronco del árbol para no perder el equilibrio.

¡Libera tus ojos!, insistía el monstruo. *¡Salta y huye a casa!*

Ishcate añoró la seguridad de la cabaña de su familia, hecha con esteras de juncos cosidos bien juntos. Su madre habría apagado las últimas brasas del fuego y preparado los lechos con las finas pieles usadas para las noches de verano. Él era rápido, más que ninguno de sus hermanos: podría estar allí en muy poco tiempo.

«¡No!»

Negó con la cabeza para apartar las tentaciones del diablo, imaginado ahora —según las enseñanzas del padre Meurin— con una larga cola terminada en punta, cuernos retorcidos y un tridente. Rezó entonces al Gran Espíritu en su lengua, tal como le habían enseñado sus padres y, por si acaso, también al Dios cristiano en las pocas frases que sabía en francés. El padre Meurin dirigía la misión y, además

de enseñar agricultura a los indios, se empeñaba en que aprendieran la religión de los franceses y fueran a la iglesia. En las celebraciones religiosas cantaban parte de los salmos en el idioma indio y parte en una lengua que los franceses llamaban «latín». Se persignó. *Awiinsoonimenki oohsima, akwihsima, neehi waahsee-manetoowa*. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Pronto se le acabaron las estrofas.

Para alejar sus pensamientos de la oscuridad, evocó a sus ancestros, porque la sangre que corría por sus venas era también la de ellos.

Él era Ishcate de los kaskaskia, hijo del jefe Couroway, nieto del jefe Keemawassaw, hermano de Maughquayah y de Kicounaisa.

Vivía en el país de los illinois, como las tribus de los peoria, cahokia, michigamea, moingwena y tamaroa, con quienes compartía idioma y tradiciones. Su aldea estaba en una gran llanura en la orilla del río Kaskaskia que daba nombre a los suyos, a corta distancia de su tranquila desembocadura en el gran Misisipi, en su lado este. Desde donde ahora estaba, podía oír el rumor de su corriente, acompañándolo, y se sintió menos solo. Aquella era su tierra, su espacio.

Cuando abría los ojos cada mañana, corría a lavarse en el río. Hasta hacía poco, jugaba luego con sus amigos y se entretenía viendo cómo su madre y las otras mujeres curtían pieles o cocinaban; ahora, cada vez con mayor frecuencia, sus hermanos le permitían acompañarlos en alguna partida de caza por las tierras cercanas a la aldea.

Uno de sus pasatiempos favoritos era ir a la Kaskaskia francesa. En tiempos pasados, solo había una Kaskaskia, en la que vivían juntos misioneros, comerciantes de pieles y granjeros, muy cerca de la tribu india en la que los fran-

ceses buscaban a las mujeres con las que casarse. Para evitar conflictos entre unos y otros en la creciente comunidad, un comandante francés la había dividido en dos, pero ambos poblados seguían estando a poca distancia, a apenas un rato a caballo y menos aún en canoa. La Kaskaskia francesa, con su variedad de habitantes franceses, indios, mestizos y esclavos negros, era un lugar muy entretenido. A Ishcate le encantaba asistir al faenar de los hombres que cargaban y descargaban mercancías de los barcos fondeados a las orillas del río. Su familia y sus conocidos trocaban caballos, grasa de oso, sebo, carne de búfalo salada, pieles y cuero, y volvían a casa con trigo, hortalizas, frutas, cuchillos, hachas, ollas y sal de las salinas al este del Misisipi.

Aunque él jamás había salido del exuberante territorio de ríos y arroyos, espesos bosques y colinas frondosas de las tierras del Illinois, dudaba que existiera otro lugar con la hermosura y riqueza de las praderas cercanas a Kaskaskia, donde pacían los bueyes y las vacas de los granjeros, y de las lejanas, donde corrían grandes manadas de búfalos, cabras salvajes, ciervos y venados y multitud de aves engordaban gracias a la avena silvestre.

Esa maravillosa tierra no podía dar miedo ni de día ni de noche. Inspiró hondo para sobreponerse.

Si a algo o a alguien debía temer no era ni a los espíritus ni a los seres que reptaban por la noche, sino a los sioux del noroeste, los iroqueses del este, los fox del norte y los cherokee y chickasaw del sur.

Los sioux habían expulsado a sus antepasados de sus tierras originales cerca de los Grandes Lagos. Los iroqueses habían destrozado Kaskaskia y matado a muchos de su tribu en el pasado; los fox también, pero indios y franceses juntos los habían echado. Los chickasaw eran pocos, pero muy intrépidos; con los cherokee, habían atacado el país

de los illinois durante la última guerra entre europeos del lado de sus amigos ingleses.

Ah, los ingleses. A esos sí que había que temerlos.

Su padre le había repetido cientos de veces que los enemigos de los franceses también eran enemigos de los kaskaskia.

Sintió una súbita desazón. Hasta esa larga noche de soledad no había reparado en la reciente preocupación de Couroway.

¿Qué pasaría con Kaskaskia, ahora que los ingleses habían ganado la última guerra contra los franceses en América del Norte?

¿Debería preocuparse él también? Su corazón era indio, pero como súbdito de ese lejano lugar llamado Francia...

Recordó otras palabras de su padre y corrigió su pensamiento.

Los kaskaskia no eran súbditos de nadie. En todo caso, aliados. Esos territorios les pertenecían. Podían trasladarse libremente y elegir ser amigos de quienes quisieran.

Le costaba comprender el concepto en términos generales, pero le gustaba la cuestión específica de la libertad. Como sus hermanos, sería libre para disfrutar de las largas jornadas de caza en verano, para convertirse en un buen guerrero y luchar contra los enemigos de su pueblo y luego para casarse y fundar su propia familia... En todo caso, para esto último todavía faltaba mucho. Sus hermanos sí se fijaban en las jóvenes de la tribu —se unían a ellas ante los fuegos, intercambiaban risas y miradas—, pero a él le daba vergüenza responder siquiera a una sonrisa. A su edad, las mujeres de la tribu eran criaturas cercanas y al tiempo tan lejanas como las montañas que perfilaban el horizonte más allá del río. En sus actuales circunstancias de soledad, se permitió dejar volar la imaginación. ¿Cómo sería su espo-

sa? India, desde luego, con el cabello oscuro y las facciones definidas. Francesa jamás, eran demasiado flacas y flojas.

Algo se posó en su muslo y dio un respingo.

—*Iyooowe!* —exclamó con miedo.

¿Iba a atemorizarlo una hoja seca o un simple insecto?, se recriminó. El sonido estridente que oyó enseguida le confirmó que era un saltamontes. ¿Acaso también el animal había buscado refugio en la rama de un árbol? ¿A qué peligro se habría enfrentado? Agotado el pensamiento sobre ese futuro lejano, permaneció inmóvil y se centró en las sensaciones que despertaba en él el contacto del animal sobre su piel. Era pequeño, apenas del tamaño de su índice, y aun así transmitía fortaleza y robustez. Al cabo de unos segundos sintió una ligera presión, como si el saltamontes afianzara las patas traseras para coger impulso antes de abrir las alas y desaparecer en la oscuridad. ¿Adónde iría? ¿Qué sería de su corta vida? Siempre de aquí para allá, sin un destino fijo. Un ser mínimo en la inmensidad de la naturaleza.

Ishcate volvía a estar solo, pero algo había cambiado. Esa breve visita le había proporcionado paz. Ni su respiración era ya agitada ni se mostraba tan vigilante. Sus sentidos se relajaron y se adormeció hasta que lo despertó el frío del rocío. El amanecer trajo los familiares sonidos de los animales diurnos, que abandonaban el sueño y tomaban el relevo de los amos de la noche.

—Ishcate... —Reconoció la voz de su padre—. Ya puedes quitarte la piel que cubre tus ojos y venir conmigo.

Ishcate así lo hizo, extrañado por no haberlo oído llegar. Parpadeó mientras acostumbraba la vista a la luz naciente y los colores y formas del bosque se desplegaban de nuevo ante él, libres ya de amenaza. Bajó del cedro de un salto, sin un solo ruido.

Ante él, el rostro de Couroway revelaba su cansancio.

Había velado por su hijo a una corta distancia toda la noche, listo para protegerlo de cualquier peligro. Pero esto Ishcate solo lo sabría cuando le tocara cumplir el ritual con su propio hijo.

—Has cruzado la noche y tu espíritu está sereno. Ishcate, ¿dónde encontraste la fuerza para vencer al miedo?

—Pedí ayuda al Gran Espíritu y al Dios francés —respondió él con franqueza.

Couroway sonrió.

—*Mayaawi teepi*. Muy bien. Vivimos entre dos mundos. Demuestra inteligencia obtener lo mejor de cada uno. —Posó una mano en su hombro y alzó la cabeza para mirarlo a los ojos—. Has sobrevivido con dignidad al sueño del bosque. Ya eres un hombre, Ishcate de Kaskaskia, hijo del jefe Couroway.

El chico enderezó la espalda con orgullo.

—Ya soy un hombre —repitió, aunque en el fondo no se sintiera tan diferente al día anterior—. Podré decidir mi propio futuro. Con la ayuda del Gran Espíritu Manetoowa, el camino será sencillo.

—No pidas una vida fácil, hijo; pide fuerzas para soportar una vida difícil.

Ishcate asintió solemne y grabó ese consejo en su corazón, mientras padre e hijo encaminaban los pasos de regreso a la aldea.